

11

M^a Isabel Ardanza, ccv

CUADERNOS CCV

**Circularidad
en torno a JESÚS
y obediencia**

CUADERNOS CCV

Circularidad en torno a Jesús y obediencia

**CIRCULARIDAD
EN TORNO A JESÚS
Y OBEDIENCIA**

CARISMA VEDRUNA * CARISMA VEDRUNA * CARISMA

© 2004. Edita: Carmelitas de la Caridad Vedruna
Carlo Zucchi, 12 00165 Roma

Depósito legal: M-20591-2010
Imprime: Cucumber S.L.
Comercialania@infonegocio.com Madrid

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
I. RESONANCIAS DEL TEXTO CAPITULAR	9
1. “Circularidad en torno a Jesús” (MP 20,1) ...	11
<i>1.1 Resonancia evangélica</i>	<i>11</i>
<i>1.2 Expresión simbólica</i>	<i>11</i>
2. La resonancia evangélica: Mc 3, 31-35	12
II. LA OBEDIENCIA DE JESÚS	17
1 La obediencia, clave central de la identidad y misión de Jesús	19
2. Fuente de la obediencia de Jesús	20
3, Características de la obediencia de Jesús	21
<i>3.1. Es una respuesta de AMOR</i>	<i>21</i>
<i>3.2. Ejercicio y expresión suprema de LIBERTAD</i>	<i>22</i>
<i>3.3 Deja a DIOS SER DIOS en su vida</i>	<i>23</i>
III LA OBEDIENCIA CRISTIANA	27
1. Tres aclaraciones previas	29
<i>1.1. Primera: “plantar la vida” en la voluntad de Dios ..</i>	<i>29</i>
<i>1.2. Segunda: la obediencia cristiana presupone la libertad</i>	<i>31</i>
<i>1.3. Tercera: la obediencia cristiana es don y proceso ..</i>	<i>32</i>

2. Proceso de maduración de la obediencia a la voluntad de Dios	32
2.1. <i>Distintos modos de vivenciarlo</i>	32
2.2. <i>Proceso de la unificación espiritual</i>	36
IV EJERCICIO PRÁCTICO SOBRE LA INDIFERENCIA ESPIRITUAL	41
1. El principio ignaciano de la indiferencia espiritual	43
2. Ejercicio de la balanza	45
2.1. <i>Una observación muy importante</i>	46
2.2. <i>Tres objetivos</i>	46
1º) <i>Situarme en mi verdad ante Dios</i>	46
2º) <i>Ahondar en mis motivaciones reales</i>	47
3º) <i>Orar con las resistencias y hacer camino de liberación interior</i>	48
V SALMO 40:UNA REFERENCIA BÍBLICA DEL PROCESO ESPIRITUAL DE LA OBEDIENCIA CRISTIANA	49
VI OBEDIENCIA CRISTIANA Y COMUNIDAD	59
1 Dimensión comunitaria de la obediencia cristiana ...	62
2. Integración y purificación de deseos e ideales	64

I NTRODUCCIÓN

Esta reflexión se basa en el número 20,1 de *Mística y Profecía* que, dentro del marco del voto de obediencia, habla de la *Circularidad en torno a Jesús*.

Al acercarnos a este número de nuestro último documento capitular, lo hacemos desde la perspectiva que el mismo documento nos ofrece, al abordar el tema de los votos. MP 20,3 dice así:

Ofrecemos una reflexión incompleta, apenas iniciada en nuestra asamblea capitular, para continuar juntas en las comunidades un proceso de clarificación y profundización que nos lleve a ahondar en la comprensión de los votos, a fin de que sean signos inteligibles y relevantes del Reino en el mundo.

Por tanto, en fidelidad a la intención capitular, esta reflexión no se ha de centrar en desentrañar y comentar lo que se recoge en el número correspondiente de *Mística y Profecía*, como si allí estuviera ya todo dicho y nuestra labor consistiera en hacerlo nuestro, sino que se trata más bien de profundizar y llegar a un sentido más hondo de aquello que en el texto está sólo apuntado o vislumbrado e incluso de ofrecer otras perspectivas que consideramos relevantes para una vivencia más honda y significativa de los votos en estos momentos.

En consecuencia, mi pretensión es la de ofrecer esta pequeña aportación con el deseo de contribuir a esa profundización en el sentido de los

votos a la que nos invita el documento capitular y más concretamente sobre el voto de obediencia, ya que *Mística y Profecía* habla de la *Circularidad en torno a Jesús* en el marco de la reflexión sobre este voto y es ahí donde hemos de encuadrar su sentido.

Partiendo de estas premisas, la presente aportación se centrará en el tema de la *Circularidad en torno a Jesús*, en el marco de la reflexión sobre el voto de obediencia y partiendo del n^o 20,1 de *Mística y Profecía*.

CAPÍTULO

1

RESONANCIAS
DEL TEXTO
CAPITULAR

1

“CIRCULARIDAD EN TORNO A JESÚS” (MP 20,1)

Desde mi punto de vista, el título del punto 20,1 de MP es una metáfora en la que podemos percibir dos resonancias importantes, de muy diferente nivel:

1.1 La primera y principal resonancia es la evangélica. El texto empieza así:

***Circularidad en torno a Jesús:** ... una comunidad de creyentes, discípulas y seguidoras de Jesús... lo cual es una referencia clara al texto de Mc 3, 34: Y mirando a los que estaban sentados en círculo alrededor de Él, dice. Mirad, mi madre y mis hermanos*

Considero que éste es el núcleo de todo el texto capitular al que nos estamos refiriendo y la fuente que posibilita la realización de los deseos que a continuación se señalan.

1.2 En la segunda resonancia la circularidad es una expresión simbólica que hace referencia a la corresponsabilidad comunitaria, que se traduce en una serie de deseos e ideales evangélicos. Deseo de:

- una comunidad que se caracterice por el servicio mutuo.
- la participación responsable de todas y una animación comunitaria en corresponsabilidad.

- trabajar juntas y unánimes para construir la comunidad y llevar a cabo la misión.
- una vida comunitaria en igualdad y libertad, con relaciones armónicas, solidarias y fraternas.

2. La resonancia evangélica: Mc 3, 31-35

Vamos a fijarnos detalladamente en el contenido del texto evangélico. Dice así:

Fueron su madre y sus hermanos, se detuvieron fuera y le enviaron un recado llamándolo. La gente estaba en torno a Él y le dicen:

– Mira, tu madre y tus hermanos y hermanas están fuera y te buscan.

Él les respondió:

– ¿Quién es mi madre y mis hermanos?

Y mirando a los que estaban sentados en círculo alrededor de Él, dice:

– Mirad, mi madre y mis hermanos. Pues el que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano y hermana y madre.

El texto de Marcos señala un elemento fundante que define a la comunidad cristiana, reunida en torno a Jesús (ya que aquí no se está hablando de la obediencia en la vida religiosa sino de la de todos los seguidores de Jesús). El texto responde a la pregunta sobre la identidad cristiana. ¿Quién es cristiano? Y la respuesta que Marcos pone en boca de Jesús no deja lugar a dudas: Quien escucha la palabra de Dios y la cumple. Dicho de otro modo: quien se plantea y vive su vida entera en obediencia al Padre, como lo hizo el mismo Jesús. A esta actitud existencial, que define la identidad cristiana, llamamos Obediencia cristiana.

El primado de la voluntad de Dios es la actitud vital característica, propia e insoslayable de toda existencia cristiana. Y la obediencia reli-

giosa que se traduce en el voto de obediencia no es más que una forma carismática y peculiar de vivir esa obediencia fundante, a través de unas mediaciones y criterios de discernimiento que le son propios.

Esta referencia evangélica de la circularidad en torno a Jesús constituye, a mi modo de ver, el elemento focal de este número. Aquí está la fuente de donde se deriva y adquiere su sentido el voto de obediencia y la que hace posible que, por obra del Espíritu Santo, se conviertan en realidad esos deseos, que se recogen en la segunda parte del texto, en los que quisiéramos que se tradujera la vivencia del voto de obediencia y que, en este caso, hacen referencia especialmente a su dimensión comunitaria y a la construcción de la comunidad.

Como veremos a continuación, la intencionalidad explícita del evangelista Marcos es implantar un criterio para establecer quienes son los de Jesús, su verdadera familia, los suyos —que dirá más tarde el evangelio de Juan— y quienes no, por mucho que pretendan tener derechos para ello. Para percibir esta intencionalidad de Marcos vamos a fijarnos en el contexto inmediato que rodea esta perícopa.

En este mismo capítulo tercero, unos versículos más adelante se nos narra la llamada de Jesús a sus discípulos (no olvidemos que el seguimiento de Jesús en los evangelios no es la consecuencia de una elección personal por parte del discípulo sino que siempre es Jesús el que llama y elige). Mc 3,13 dice así:

Subió a la montaña, fue llamando a los que Él quiso, y se fueron con Él.

Tras señalar los nombres de los Doce, Mc 3, 20-21 dice que Jesús

Entró en casa, y se reunió tal multitud, que no podían ni comer. Sus familiares, que lo oyeron, salieron a sujetarlo, pues decían que estaba fuera de sí.

A través de este contexto el evangelista nos presenta, por un lado, a los discípulos de Jesús, a los que Él ha elegido y, por ello, entran con Él en la casa y señala que son una multitud y, por otro lado, a los familiares,

que por serlo se sienten con derechos sobre Jesús y sus actuaciones y que se quedan fuera.

El curso del relato se interrumpe momentáneamente con una disputa con los letrados, que claramente se sitúan en oposición y fuera del círculo de los de Jesús y continúa en 3,31 con nuestro texto:

*Fueron su madre y sus hermanos, se detuvieron FUERA y le enviaron un recado llamándolo.
La gente estaba SENTADA en TORNADO A ÉL y le dicen:*

Si nos fijamos en el texto, aquí aparecen unos elementos muy significativos: El evangelista señala que sus familiares estaban FUERA, en contraposición a los discípulos que estaban dentro de la casa.

Por otro lado, la gente –es decir, los suyos– estaba SENTADA EN TORNADO A ÉL. La palabra *sentada* indica el *discipulado*, el seguimiento de Jesús. Así, por ejemplo, María de Betania, sentada a los pies de Jesús, es prototipo del discípulo/a.

Pero es curioso que aquí no están sentados individualmente a los pies del Maestro –como correspondería– sino que están sentados EN TORNADO A ÉL, con lo cual el texto nos está hablando no sólo de quienes son los verdaderos discípulos (individualmente) sino de quienes constituyen la comunidad de Jesús. El evangelista nos está mostrando cuál es la identidad de la comunidad de los discípulos de Jesús, es decir, la identidad de toda comunidad cristiana, que son aquéllos que han sido elegidos por Él y están dentro, sentados (como discípulos) en círculo (subrayando su centro) en torno a Él, formando la comunidad de los suyos.

Jesús, respondiendo a los que están fuera, que reclaman sus derechos de pertenencia, establece claramente cuál es el criterio para estar dentro o fuera, para ser realmente de los de Jesús o la Comunidad de Jesús o para no serlo, por mucho que se desee o pretenda tener derecho a ello:

¡Mirad, mi madre y mis hermanos! Pues el que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ese es mi hermano y hermana y madre.

Como podemos ver, este texto de Mc es central para definir la identidad de la comunidad cristiana y el elemento que señala la pertenencia o la exclusión lo establece el mismo Jesús y es la **obediencia al Padre**. Y no podía ser de otro modo, porque eso es precisamente lo que caracteriza toda la existencia de Jesús y el discípulo es aquel que sigue las huellas de su Maestro.

En el evangelio de Marcos y en todo el Nuevo Testamento, la obediencia a la voluntad del Padre no es un elemento más entre otros muchos que componen la identidad cristiana sino que constituye el núcleo de la misma y, por ello, lo que da sentido al voto de obediencia en la vida religiosa, que no sería más que una forma carismática de vivir esta obediencia cristiana al Padre.

Recordemos que el Vaticano II rectificó la teología de los *estados de perfección*, vigente hasta ese momento, y fundamentó la teología de la vida religiosa en la consagración bautismal (PC, 5), es decir, en aquello que constituye nuclearmente la identidad cristiana. Por esta razón los votos religiosos son mediaciones carismáticas para la vivencia de elementos esenciales de toda existencia cristiana, como podemos ver, en este caso, respecto al voto de obediencia. De ahí que la opinión de que los tres votos clásicos de la vida religiosa fueron decantados culturalmente en una determinada época histórica y podrían ser otros cualquiera, que se escucha a veces en algunos círculos de vida religiosa, es a mi modo de ver, una frivolidad.

A continuación vamos a adentrarnos un poco en ese misterio insondable de la obediencia de Jesús, cuyo seguimiento, tal como lo propone el Evangelio, es la regla suprema para todo cristiano (incluidos, por supuesto los religiosos, como afirma explícitamente PC, 2a).

CAPÍTULO

2

LA OBEDIENCIA DE JESÚS

2

LA OBEDIENCIA, CLAVE CENTRAL DE LA IDENTIDAD Y MISIÓN DE JESÚS

1. La obediencia, clave central de la identidad y misión de Jesús

Todo el Nuevo Testamento da testimonio de la centralidad que tiene en la vida de Jesús su actitud radical de obediencia filial al Padre. Si quisiéramos recoger todos los textos que avalan esta afirmación directa o indirectamente, obtendríamos una larga lista. Voy a señalar unos cuantos a modo de ejemplo:

Por eso dice al entrar en el mundo: No quisiste sacrificios ni ofrendas. No te agradaron holocaustos ni sacrificios expiatorios. Entonces dije: Aquí estoy, he venido para cumplir, oh Dios, tu voluntad. (Heb 9, 5-7).

Yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me ha enviado (Jn 6,38).

Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado hasta llevar a cabo su obra de salvación (Jn 4,34).

Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. (Flp 2,8).

En una palabra, la obediencia filial marcará toda la vida terrena de Jesús y su misión y podemos decir que expresa su identidad más profunda, porque la **misión de Jesús, en su esencia, es hacer la voluntad del Padre** y así manifiesta que Él es, desde siempre, el Hijo.

Jesús es el Hijo que recibe todo del Padre y que realiza lo que el Padre quiere, porque su voluntad más honda coincide con la del Padre, aunque no la conozca en su desarrollo concreto y, humanamente, le suponga el fracaso, la pasión y la cruz.

2. ¿De dónde nace la obediencia de Jesús? ¿Cuál es su Fuente?

La imagen de la obediencia de Jesús, que nos ofrece el Nuevo Testamento, no tiene nada que ver con el voluntarismo ni el sometimiento ni el cumplimiento de ninguna ley. La de Jesús es una obediencia filial que nace de la experiencia del amor del Padre. Las teofanías de su Bautismo en el Jordán y la del Tabor son especialmente ilustrativas de ello:

Una voz desde la nube decía: Éste es mi Hijo amado en quien me complazco, escuchadle (Mt 17,5).

En esta misma línea, el evangelio de Mateo aplica a Jesús las palabras del cántico del Siervo de Isaías:

Éste es mi siervo a quien elegí; mi amado en quien me complazco (Mt 12,18).

Y, por fin, el cuarto evangelio recoge en multitud de citas el sentido teológico de esta experiencia fundante de donde nace la obediencia filial de Jesús:

El Padre ama al Hijo y le ha confiado todo. (Jn 3,35).

El Padre me ama porque Yo doy mi vida, para tomarla de nuevo. (Jn 10,17).

Como el Padre me ama a Mí, así os amo Yo. (Jn 15,9).

Padre, Yo deseo que todos éstos que Tú me has dado puedan estar conmigo donde esté Yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque Tú me amaste antes de la creación del mundo. (Jn 17,24).

3. Características de la obediencia de Jesús

3.1. Es una respuesta de AMOR

La obediencia de Jesús es su respuesta al amor de predilección con que se siente amado por el Padre. El Padre se alegra/complace en el Hijo y le ama. La obediencia filial de Jesús, su disposición absoluta al cumplimiento de los designios del Padre, encuentra su correlato en la complacencia absoluta del Padre ante la actitud obediencial del Hijo amado. Así lo filial va del Hijo al Padre y del Padre al Hijo.

Este elemento dialogal, de mutua relación de amor y complacencia entre el Padre y el Hijo, se puede apreciar en muchos textos del NT, especialmente en el evangelio de Juan:

Jesús, pues, tomando la palabra, les decía: «En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace Él, eso también lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que Él hace. Y le mostrará obras aún mayores que éstas, para que os asombréis”. (Jn 5,19-20).

Hans Urs von Balthasar, uno de los teólogos más importantes del siglo XX, afirma que la obediencia de Jesús es la expresión humana de su eterna filiación divina, es decir, que la relación filial respecto al Padre, que constituye su identidad eterna de Hijo en el seno de la Trinidad, se manifiesta humanamente como obediencia filial.

Dicho de otro modo: esa relación eterna de amor entre el Padre y el Hijo que se da eternamente en el seno de la Trinidad y que la teología trinitaria lo expresa diciendo que el amor del Padre está eternamente volcado en el Hijo y que, a su vez, es eternamente recibido y correspondido por el amor del Hijo, al hacerse hombre la Segunda persona de la Trinidad, esa relación eterna se expresa humanamente en la obediencia filial de Jesús. La respuesta de amor que suscita en Jesús la experiencia del amor del Padre es su obediencia filial.

3.2. Ejercicio y expresión suprema de LIBERTAD

Esta actitud obediencial de Jesús no tiene nada que ver ni con el sometimiento ni la sumisión, porque si algo resalta en la personalidad de Jesús es su libertad soberana, respecto a todo aquello que entra en conflicto con la soberanía de Dios en su vida:

- Las ataduras de los bienes.
- Los poderes de este mundo.
- Las autoridades políticas y religiosas.
- Las expectativas de sus discípulos (*Ponte detrás de mí, Satanás. Tú piensas como los hombres, no como Dios.*)
- La tentación (*Al Señor tu Dios adorarás y sólo a Él darás culto*)...

Y sin embargo, este Jesús tan libre es como un niño ante Dios. Él no tiene un proyecto propio, ya que su único proyecto es hacer en cada momento la voluntad del Padre, porque ése es precisamente su deseo más profundo.

Ahora bien, esto no significa que este deseo sea en Él algo espontáneo, que no le cuesta nada, ya que la carta a los Hebreos dice expresamente que Jesús tuvo que aprender humanamente a ser Hijo mediante el sufrimiento de la obediencia: *Aunque era Hijo aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer, y ya consumado llegó a ser para los que le obedecen, causa de salvación eterna* (Heb 5,8). Y en la oración del huerto de Getsemaní se dice claramente que Jesús sentía miedo ante la muerte: *Tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz... Mi alma está triste hasta la muerte...*

Para poder hablar de procesos espirituales es sumamente importante distinguir los diferentes niveles de experiencia que se dan en la condición humana –más adelante diré algo de esto pero aquí me referiré a esta experiencia de Jesús– ya que de otro modo, no se pueden entender muchas experiencias espirituales.

Cuando hablamos aquí de que el deseo más profundo de Jesús coincidía con la voluntad de su Padre, hemos de ser conscientes de que el deseo humano incluye muchos niveles de experiencia. Uno de estos nive-

les es el psicoafectivo. A este nivel la psicología de Jesús se resiste, siente miedo y angustia, por eso brota de El la súplica al Padre. “Aparta de mí este cáliz”. Pero el nivel más hondo de su deseo, el espiritual, está identificado con la voluntad del Padre y por eso su oración final es: *pero, a pesar de todo, no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Ante la perspectiva de su muerte, Jesús no tenía indiferencia psicoafectiva pero sí indiferencia espiritual (en el sentido ignaciano del término). La obediencia cristiana y también la obediencia religiosa ha de situarse siempre en ese nivel espiritual (el que está actuado por el Espíritu Santo).

La libertad de Jesús en su nivel más hondo, el espiritual, queda palpable en este texto paradigmático del evangelio de Juan: *Nadie me quita la vida. Yo la entrego libremente* (Jn 10,18).

3.3. Deja a DIOS SER DIOS en su vida

Otra de las características de la obediencia de Jesús es que nunca objetiva la voluntad de Dios. Voy a explicar lo que quiero decir con esto de “objetivar la voluntad de Dios”. La obediencia de Jesús no se reduce a cumplir una serie de mandatos del Padre o un proyecto concreto en el que se plasma la voluntad del Padre (en esto consistiría la objetivación), sino en mantener una actitud existencial permanente de escucha, apertura y respuesta al querer del Padre. Para Jesús la voluntad de su Padre no es algo preestablecido y fijo sino que se irá concretando en cada momento, en interacción con la libertad de los destinatarios de la misma y las circunstancias en las que se desarrolle la acogida o el rechazo al don de Dios.

Por supuesto que esta actitud obediencial radical de Jesús se concretará en la realización de las obras mesiánicas: los ciegos ven, los cojos andan... y a los pobres se les anuncia la buena noticia... Pero se trata de dos niveles distintos: el de la actitud radical de obediencia y el de la concreción del contenido de la voluntad de Dios en cada momento y circunstancia; en este caso, las obras mesiánicas. Pero está claro que el núcleo de su misión no lo constituyen estas obras mesiánicas (segundo nivel), sino el querer del Padre (el primer nivel).

Por eso, en una etapa de su vida —en Galilea— Jesús hizo presente el Reino a través de las obras mesiánicas: enseñando, liberando, curando... porque esa era la voluntad del Padre, y en otra etapa de su vida —subida a Jerusalén— asumió el rechazo de Israel y el fracaso de su misión hasta la muerte... porque esa era la voluntad del Padre. Es decir, para Jesús el criterio último no era hacer una cosa u otra, por muy santa que fuera, sino hacer lo que el Padre quería, porque sólo Él es el Señor de la historia, el único que conoce el día y la hora oportuna (cf. Mt 24,37) y porque, en última instancia, en eso consiste el Reino de Dios, en que Dios pueda reinar, es decir, realizar soberanamente su voluntad en nosotras/os y a través de nosotras/os, con el consentimiento de la libertad humana.

Jesús, por su obediencia, deja a Dios que sea Dios en su vida, es decir, que en Él y a través de Él el Padre pueda realizar lo que desea. Por eso, para el Nuevo Testamento el Reino de Dios es primordialmente el mismo Jesús en persona ya que su total apertura, acogida y disponibilidad al Padre supone la máxima realización del Reino. En nadie como en Jesús ha podido reinar (realizar su voluntad) Dios y la manifestación de esa soberanía de Dios en Jesús es su Resurrección.

Jesús, conducido por el Espíritu, va discerniendo lo que tiene que hacer en cada momento pero la misión de Jesús no se traduce nunca en ningún proyecto personal que objetive la voluntad de su Padre y sustituya a la actitud obediencial. Pone toda su persona y su empeño al servicio del proyecto del Padre, pero su criterio de actuación no es nunca cómo realizar más eficazmente su proyecto sino cómo realizar la voluntad del Padre en ello. La oración del huerto, la pasión y la cruz ponen de manifiesto que su misión se centra en la voluntad del Padre acogida en cada situación, sometiendo el querer humano, más allá de los propios límites, al querer de Dios. Vive una obediencia que en muchos momentos le resulta dolorosa, oscura y que, sin embargo, conecta con su ser más profundo, constituyéndose en la expresión máxima de su libertad.

Si entendemos que la misión de Jesús consiste en el «triumfo» del Reino a través de sus palabras y obras, está claro que termina en el fracaso de la muerte en cruz. Pero, si la misión de Jesús consiste en la obe-

diencia al Padre, más allá de toda objetivación de la misma, entonces, la pasión y muerte en cruz son la expresión culminante de su obediencia filial y, por ello, la realización plena de su misión, como lo confirma el hecho de la Resurrección.

Jesús jamás objetivó la voluntad de Dios, pero ésa es nuestra tentación permanente. La tendencia a la objetivación es propia de todo proyecto humano. Necesitamos saber a qué atenernos y concretamos el envío que recibimos en un proyecto que vivimos con una mayor o menor apropiación y correlativamente con una menor o mayor obediencia teológica. Frecuentemente confundimos nuestros deseos y proyectos evangélicamente justificados con la voluntad de Dios.

Así le sucedió también a Pedro, cuando tras el anuncio por parte de Jesús de que su misión se tenía que realizar a través del sufrimiento, le enmienda la plana diciéndole que eso no podía suceder porque (según la mentalidad judía) la implantación del Reino tenía que ser necesariamente victoriosa, por lo tanto no podía ser voluntad de Dios que Jesús sufriera. Es un ejemplo en el que vemos cómo Pedro ha objetivado la voluntad de Dios y la misión de Jesús (del Mesías) por eso sabe bien qué es lo que se ajusta a ella y qué no y, en consecuencia, con toda lógica, reprende a Jesús diciéndole que eso no va a suceder. Pero ya conocemos la durísima respuesta de Jesús: *Ponte detrás de mí, Satanás, tú piensas como los hombres, no como Dios* (cf. Mc 8,31).

CAPÍTULO

3

LA OBEDIENCIA CRISTIANA

3

LA OBEDIENCIA CRISTIANA

1. Tres aclaraciones previas

La obediencia cristiana tiene como referencia a Jesús y se sitúa en continuidad con su obediencia filial, es decir, la obediencia cristiana se enmarca en el seguimiento de Jesús y constituye el elemento nuclear de ese seguimiento, ya que, como hemos dicho, Jesús reconoce como suyos a aquellos que *escuchan la palabra de Dios y la cumplen*. En otras palabras: Jesús reconoce como *suyos* a aquellos que viven en obediencia filial al Padre como Él.

Antes de empezar la reflexión voy a señalar tres aclaraciones previas, que enmarcan el contenido y los límites de la presente reflexión.

1.1. Primera observación: No vamos a plantear cuál es la voluntad de Dios, sino qué significa plantar la vida en Su voluntad

Cuando hablamos aquí de obediencia cristiana o de primado de la voluntad de Dios me refiero a la actitud básica de la vida que consiste en plantar la vida en la obediencia a Dios; no desear otra cosa más que su voluntad, lo cual no supone que Dios va a mandarnos un angelito para que sepamos qué es lo que quiere, pero sí que nos sitúa en una actitud existencial y espiritual que da la primacía en la vida al querer de Dios, como Jesús. La voluntad de Dios siempre se realiza de una forma concreta y exige un discernimiento, pero éste es un segundo momento, del cual no vamos a tratar en esta reflexión.

Por tanto, no estamos hablando de cuál es la voluntad de Dios sino de la actitud básica creyente que supone fundamentar la propia vida, el corazón y los proyectos en la voluntad de Dios. Sin esta actitud básica, no es posible el segundo momento del discernimiento concreto de cuál es el contenido de la voluntad de Dios en una circunstancia y momento concretos.

Esta distinción es muy importante, porque la voluntad de Dios no es una abstracción sino siempre algo concreto y se nos da a través de mediaciones, pero lo que tratamos ahora es algo previo, que tiene un carácter fundante, pues nadie puede discernir cuál es la voluntad de Dios si previamente no vive una actitud existencial que da el primado en su vida a la voluntad de Dios. Es decir, nadie puede discernir honradamente qué quiere Dios de él/ella si previamente no vive en actitud de obediencia, una actitud existencial por la que quiere, sobre todo, hacer lo que Dios quiera, independientemente del contenido de esa voluntad.

La obediencia cristiana a la que nos referimos, siguiendo la obediencia de Jesús, se sitúa, por tanto, al nivel de las actitudes existenciales y es previa a cualquier discernimiento concreto sobre el contenido de la voluntad de Dios y requisito necesario para ello.

Tampoco hablaremos aquí de las mediaciones, a través de las cuales se nos manifiesta cuál es la voluntad de Dios ya que nadie tiene hilo directo con Dios. Las mediaciones de la voluntad de Dios no son las mismas en la vida religiosa que en el matrimonio cristiano, pero, por supuesto, no son exclusivas de la VR, aunque éste es un elemento muy importante del voto de obediencia. Pero nuestro objetivo no es hablar de voto de obediencia, sino de la obediencia que es propia de todo cristiano, sea religioso o no.

En conclusión: nuestra reflexión girará en torno al primado de la voluntad de Dios en la vida, que es un elemento esencial de la identidad cristiana y que fácilmente damos por supuesto cuando tratamos del voto de obediencia, cuando creo yo que, en realidad, las resistencias y los conflictos más importantes que se plantean en los otros niveles (discernimiento, mediaciones...) tienen, con frecuencia, su origen aquí. Es verdad que la vida religiosa siempre presupone lo cristiano, pero creo que nunca

hay que darlo por supuesto. Es más, considero que la revitalización de lo que es específico de la vida consagrada tiene su fuente en la vitalidad de lo que constituye radicalmente la identidad cristiana.

1.2. Segunda observación: La obediencia cristiana tiene como presupuesto básico la libertad, por lo tanto, allí donde la inmadurez psicológica de la persona no permite una madurez suficiente de la libertad humana, no se puede hablar de obediencia cristiana.

Creo que en el pasado no se ha tenido suficientemente en cuenta este tema y fácilmente se han confundido el sometimiento, la dependencia y la sumisión con la obediencia. Hay que afirmar claramente que donde no hay libertad no hay obediencia cristiana

Esas actitudes, psicológicamente inmaduras como la dependencia, la sumisión..., provienen de la dificultad de distanciarse afectivamente de aquellas personas que nos son especialmente significativas, queridas o constituidas en autoridad, de forma que por miedo a perder su aprobación, reconocimiento o cariño, nos sentimos incapaces de mantener la propia autonomía y llevar a cabo actuaciones que desearíamos realizar, porque preveemos que no van a ser del agrado de esas personas y tememos “perderlas”.

Asimismo, a veces la falta de libertad proviene de actitudes reactivas de autoafirmación, propias de la adolescencia, que tienen que ver con la dificultad de integrar positivamente el principio de autoridad. En algunos casos, ciertas reacciones ante el voto de obediencia en la VR que se presentan como de renovación y nuevos planteamientos, suenan bastante a este tipo de actitudes reaccionales.

Por lo tanto, todo lo que aquí hablemos sobre la obediencia cristiana presupone una persona suficientemente madura psíquicamente, para que su obediencia a Dios sea un acto libre. Pero matizo el “suficientemente madura”, porque la madurez plena no se da nunca en esta vida, ya que siempre nos quedan asignaturas pendientes. Lo importante es que éstas no sean tan fundamentales, como para impedir que la persona sea libre.

1.3. Tercera observación: La obediencia cristiana es un don del Espíritu Santo y, por tanto, obra suya en nosotras, pero también es fruto de un proceso de maduración humana y espiritual.

Esto significa que el primado de la voluntad de Dios en la propia existencia supone una transformación interior –que abarca toda la persona– que nos va configurando con la obediencia de Jesús y sólo la puede realizar el Espíritu Santo, porque es un don; pero como ordinariamente Dios no actúa saltando las leyes de maduración humana y espiritual, es necesario también vivir un proceso. A continuación diré algo de este proceso.

2. Proceso de maduración de la obediencia a la voluntad de Dios

La maduración espiritual de la obediencia a la voluntad de Dios en la vida cristiana, recorre un largo proceso hasta vivir de una obediencia filial, como la de Jesús. La pregunta importante en la vida es ¿dónde estoy centrada? Y la respuesta teórica es muy clara para un cristiano/a: en la voluntad del Padre, como Jesús.

La mayoría de nosotras hemos aprendido desde pequeñas que lo importante en la vida es hacer la voluntad de Dios pero ¿existencialmente qué significa para mí que la vida cristiana consiste en hacer la voluntad de Dios? Hay distintos modos de entender y vivir esta experiencia del primado de la voluntad de Dios, que indican distintos niveles de madurez en la actitud obediencial.

2.1. Distintos modos de vivenciar el primado de la voluntad de Dios:

- a) **Para algunas personas es simplemente un principio ideológico**; una idea que interiorizaron desde su infancia, pero que no se ha hecho experiencia real en la vida. Seguramente, desde nuestros primeros años de vida, aprendimos que lo más importante en la vida es hacer la voluntad de Dios. Era una especie de principio repetido y los principios repetidos se hacen creencias y las

creencias se internalizan. Pero las creencias internalizadas no dan libertad interior. Necesitan ser fundamentadas desde la experiencia vivida.

Para que este principio ideológico del primado de la voluntad de Dios se haga experiencia real es necesario haber vivido cierto conflicto entre los propios intereses y la voluntad de Dios.

A medida que vamos madurando como personas tenemos que tener proyectos e intereses personales y eso supone una confrontación entre los propios intereses vitales y la voluntad de Dios. Sólo Jesús y la Santísima Virgen no vivieron la confrontación entre sus intereses y los de Dios. En todos los demás, si realmente nos hemos atrevido a tomar la propia vida en las manos y nos hemos desarrollado como personas, la maduración se da a través de este conflicto de intereses. Por eso, estaría bien recordar dónde hemos experimentado estas tensiones y resistencias para crecer en autonomía. Hemos de ser conscientes de que esta experiencia del conflicto de intereses no puede constituir el final del proceso de maduración de la actitud obediencial cristiana, pero sí forma parte del camino a realizar.

- b) Para otras, decir que lo más importante en la vida cristiana es hacer la voluntad de Dios puede ser una especie de principio ascético.** Significa que la vida cristiana se basa en un camino de abnegación y sacrificio y que hay que aprender a negarse a sí misma y el mejor instrumento para ello es preferir la voluntad de Dios a los propios proyectos e intereses.

Pero la ascética no libera, no centra el corazón. Sería una especie de esfuerzo de la voluntad, de autonegación o automortificación. No hablamos aquí de esa obediencia ascética. Evidentemente dar primado en nuestras vidas a la voluntad de Dios supone conversión y eso en muchos momentos es costoso, pero el quid de la cuestión es dónde está la fuente de esa conversión: ¿en la negación de sí o en un amor de pertenencia que nos saca de nosotras mismas? Saber discernir la fuente es importante porque si la obe-

diencia nace de la negación de sí misma no produce libertad interior; sólo el amor de pertenencia produce libertad interior.

- c) **En otros casos se trata de un principio que refuerza la necesidad de dependencia.** Se acepta la autoridad de Dios como la autoridad suprema para ser una persona sumisa. Se tiene miedo a la libertad, a la autonomía, a tomar decisiones propias y para no sentirse en desorden aceptamos que lo importante es hacer la voluntad de Dios. Si a esto se añade que en la vida religiosa se decía que siempre se acierta con la voluntad de Dios al hacer la voluntad del superior o de la superiora, se comprende por qué la vida consagrada ha creado muchas personas sumisas y pocas auténticamente obedientes.

Por eso, conviene que nos preguntemos personalmente qué proceso hemos tenido en nuestra vida para aprender a ser personas libres. Si hemos tenido que aprender a tomar decisiones propias, tener proyectos, crecer en autonomía personal, siendo fieles a nosotras mismas... O hemos preferido no equivocarnos, estar en orden, tener buena imagen, buena conducta...

Para ser obediente, primero hay que aprender a ser libre. La obediencia en sentido bíblico –de ella estamos hablando– es obra del Espíritu Santo en nosotras y supone entregar a Dios la propia libertad. Pero para poder entregar a Dios la propia libertad, primero hay que poseerla.

- d) **Vivir libremente plantadas en la voluntad de Dios, como Jesús, cuyo alimento era hacer la voluntad de Dios, sin proyecto propio, pendiente de la voluntad del Padre, es un don que supone una experiencia de unificación entre nuestros deseos e intereses vitales y la voluntad de Dios.**

Para que el primado de la voluntad de Dios se haga real en nuestra vida es preciso haber resuelto el conflicto entre nuestros intereses vitales y la voluntad de Dios. Y la resolución de ese con-

flicto puede presentar diferentes situaciones vitales:

- Podemos confundir nuestro deseo con la voluntad de Dios y dedicarnos a justificarlo evangélicamente. Aunque no seamos conscientes de ello, en este caso, lo que en el fondo pretendemos es que nuestra voluntad sea la de Dios.
- Podemos vivir un conflicto entre nuestros deseos y la voluntad de Dios, y resolverlo de forma que la realización de la voluntad de Dios consista en un acto voluntarista. Pero el voluntarismo no produce libertad interior.
- O se puede vivir **una experiencia de unificación entre nuestros deseos y la voluntad de Dios**, como dice el salmista: *A mí me agrada hacer Tu voluntad. ¡Dios mío, lo quiero y llevo tu ley en mis entrañas!* (cf. Salmo 40,9).

Detrás de todo esto está el tema de si realmente hemos integrado en nuestras vidas autonomía y autoridad y sobre todo la autoridad de Dios. Pero para poder entregar la propia autonomía a la autoridad de Dios es necesario un proceso interior, un proceso de pertenencia y libertad. Porque aquí estamos hablando del Amor de obediencia, tal como lo vivió Jesús, y ya hemos visto que la fuente de la obediencia de Jesús es la experiencia del amor del Padre y sus notas características, el amor y la libertad y esto mismo vale para la obediencia cristiana, la del discípulo/a.

Es necesario, pues que demos un poco de espacio y tiempo personal a esta pregunta: ¿Qué lugar ocupa ahora en mi vida este primado de la voluntad de Dios? ¿Y de dónde nace? Hay personas que permanecen años en una especie de ambivalencia: Espiritualmente saben que lo importante es hacer la voluntad de Dios, pero psicológicamente necesitan afirmarse a sí mismas y no pueden dar el paso. Muchas veces, se trata más de un problema psicológico que un tema espiritual. En todo caso, la resolución del conflicto exige un proceso de unificación espiritual.

2.2. *Proceso de la unificación espiritual entre nuestros intereses vita-*

les y la voluntad de Dios

Más allá de los presupuestos psicológicos, la obediencia cristiana es el fruto de una transformación interior radical, obra del Espíritu en el ser humano, en la que Dios toma posesión del creyente y lo hace, literalmente, conforme a Sí mismo, creando en él la obediencia de fe y el amor de desapropiación. Pero, a la vez supone un proceso espiritual en el que podríamos distinguir estos momentos:

1) El punto de partida es la experiencia **PERSONAL de salvación.**

La experiencia de que Él nos salvó; no en abstracto, sino en una situación concreta dentro de nuestra historia personal. (Me refiero a experiencias concretas de salvación personal). Sólo mirando hacia atrás en nuestra historia (porque es una ley del proceso espiritual, que se comprende más tarde) descubrimos que Dios se hizo presente y nos salvó en aquella situación límite, en aquella ocasión... muchas veces a pesar de nosotras mismas, por caminos que nunca hubiéramos sospechado y seguramente nunca hubiéramos elegido por nuestra propia voluntad.

Se trata de una experiencia muy especial de Su Amor primero que se ha manifestado en Su acción salvadora a favor mío, en una situación y momento concreto de mi historia personal. Una experiencia concreta en la que hemos experimentado literalmente que el Señor nos ha salvado. Estas experiencias se constituyen en fundantes y a partir de ellas se inicia una nueva relación con Él y experimentamos un nuevo nacimiento. Sólo entonces se sabe por experiencia quién es “*mi Señor*” y a quién pertenecemos. Es muy importante que cada una demos nombre a esta experiencia personal de salvación, y nos hagamos conscientes del cambio que dicha experiencia supuso en nuestra relación personal con el Señor.

2) De ahí nace la experiencia de **pertenencia.** ¿Para qué quiero yo mi vida si no es para Ti? ¡Tú eres lo mejor de mi vida! Lo mejor que me ha pasado es haberme encontrado contigo y lo que Tú has

hecho conmigo.

Es necesario trabajarnos y luchar por liberarnos de las dependencias psicológicas y sociales pero la clave de la obediencia está en ser autónomas y a la vez vivir del amor, abandonándonos en el Otro. Esto sucede también a nivel humano, porque un amor de pareja que se nutre de dos autonomías, que no se abandonan mutuamente en el otro por amor, termina destruyéndose.

Y si esta experiencia de pertenencia sucede en el terreno humano, de cara a Dios es la manera habitual de vivir la relación con Él, de ser hija, como Jesús: “Te pertenezco, Señor. ¡Qué suerte poder ser tuya! ¿Para qué quiero vivir si no es para Ti? Soy tuya”. Por eso, la obediencia cristiana, es decir, el primado de la voluntad de Dios en la propia vida, es cuestión de amor, pero de un amor muy especial: el amor de pertenencia, que tiene la capacidad de reorientar nuestra libertad y nuestros deseos e intereses vitales. Este amor de pertenencia, que reorienta la libertad y el deseo humano es lo que San Ignacio de Loyola denomina en sus Ejercicios: **INDIFERENCIA ESPIRITUAL**.

- 3) De la pertenencia brota la **obediencia**: *Aquí estoy para hacer tu voluntad* (Salmo, 40,8). El amor de pertenencia se hace amor de obediencia y, por eso, amor de misión. La afectividad queda configurada por el amor de Dios, de manera que mi interés vital, es decir, lo que más me interesa, lo que más deseo es hacer la voluntad de Dios, no que se hagan ni se realicen mis metas y mis deseos.

Sólo el amor produce esa transformación de la libertad en obediencia. Sólo el amor transforma nuestros deseos desde lo más hondo, de modo que mi deseo primordial es la voluntad de Dios. Por eso, sólo la obediencia que brota de este amor, de esta experiencia de pertenencia es plenamente libre y puede denominarse obediencia cristiana.

- 4) Y la obediencia se hace **misión**. Porque esencialmente la misión consiste en la obediencia; en dar paso a Dios, para que pueda hacer a través de nosotras lo que Él quiere. Así vivió Jesús como

Hijo; su alimento era la obediencia, es decir, *hacer la voluntad de su Padre*, aunque eso no le fue fácil en muchos momentos. ¡Cuánto más a nosotras!

Según el teólogo Hans Urs von Balthasar, “el sí incondicional de la criatura espiritual que se declara dispuesta a ir tan lejos como Dios quiera, a ser utilizada y explotada tanto como Dios lo vea necesario, a dejar libre tanto espacio como Dios quiera exigir”¹ es lo que posibilita, de hecho, que Dios pueda manifestarse como Dios y pueda realizar su proyecto. Esa respuesta plena a Dios se cumple plenamente en el sí de María, modelo de respuesta a Dios para todo creyente y también para la vida consagrada y para nosotras hoy.

Es un texto precioso que expresa cómo la misión consiste radicalmente en la obediencia de amor. Pero su comprensión adecuada supone que lo leemos en la clave espiritual en que ha sido escrito (como derivación de una experiencia personal de amor de pertenencia) y no en clave psicoafectiva, ya que desde esa perspectiva podríamos deducir una imagen absolutamente castrante de Dios, que de ninguna manera pretende el autor.

Si echamos una mirada de conjunto al proceso espiritual que acabo de describir se percibe claramente que el elemento clave del mismo es la **RELACIÓN CON DIOS**. Se trata, no de una relación puntual o en función de unas necesidades personales concretas, sino de una relación de amor y esto presupone una historia de relación interpersonal. El amor consistente sólo brota cuando se ha compartido una historia de relación personal. El cultivo diario y prolongado en el tiempo, de esta relación con Dios, en la que vivimos con **ÉL TODO**, es esencial para que podamos hablar de obediencia cristiana, de obediencia filial, como la de Jesús, del primado de la voluntad de Dios en nuestras vidas, en síntesis de madurez de vida cristiana, que es la que constituye el fundamento de nuestra vida

¹ Hans Urs von BALTHASAR, *Quién es cristiano*, 64.

religiosa y, por supuesto, de nuestro voto de obediencia.

Vivir el primado de la voluntad de Dios en la propia vida implica no objetivar nunca la voluntad de Dios en un proyecto propio, considerando que ya nos está dado lo que Dios quiere y ahora no hay más que centrarse en ponerlo en marcha. La actitud obediencial exige una apertura permanente y una disposición mantenida en el tiempo para acoger y secundar las manifestaciones cambiantes de la voluntad de Dios en cada momento y circunstancia. La objetivación lleva inevitablemente a confundir nuestros propios criterios y proyectos (evangélicamente justificados) con la voluntad de Dios y, al final, estos criterios y proyectos se constituyen en los obstáculos para acoger y secundar Su voluntad imprevista, cuando ésta nos descoloca y no encaja con nuestras expectativas.

Decíamos que todo esto es un don del Espíritu Santo, por lo que hemos de pedirlo insistentemente. Se supone que poco a poco vamos aprendiendo a dejar al Espíritu que nos vaya transformando, de modo que la voluntad de Dios vaya adquiriendo un primado real en nuestras vidas. Es de suponer que alguna vez en la vida habremos tenido la experiencia de poder dar gracias a Dios porque no nos ha permitido elegir y nos ha impuesto su voluntad a través de personas, situaciones, experiencias, circunstancias... Ahí es donde se nota una persona creyente: amor, libertad y alegría en preferir la voluntad de Dios a los propios intereses y proyectos.

A medida que avanzamos en años y desde las circunstancias concretas que vivimos hoy en nuestras Comunidades y Provincias, nos damos cuenta de que ésta es la hora de la obediencia, porque cada vez podemos elegir menos y, cada vez más, la voluntad de Dios se nos impone, a través de las reducciones, limitaciones, jubilaciones, enfermedades...

Decía, hace un momento, que el núcleo de la misión es la obediencia, pues no se trata de que nuestros proyectos se realicen sino de que Dios pueda hacer en nosotras y a través de nosotras lo que quiera, y esto resulta especialmente iluminador para las situaciones en las que se percibe que nuestra respuesta a la voluntad de Dios ha de centrarse en el abandono de fe, es decir, en consentir y confiar ante una realidad como

la actual, que se nos impone y nos desconcierta. El nuestro es un tiempo de gracia para aprender a consentir. Y consentir a la voluntad de Dios es la forma suprema de la obediencia, y por tanto del seguimiento de Jesús. Por eso, este tiempo de vida religiosa que estamos viviendo aquí, está llamado a ser especialmente tiempo de seguimiento, tiempo de consentimiento, tiempo de gracia... Con una condición: que ese elemento clave de la relación personal con el Señor atraviese y acompañe toda nuestra historia personal.

CAPÍTULO

4

EJERCICIO
PRÁCTICO SOBRE
LA INDIFERENCIA
ESPIRITUAL

4

EJERCICIO PRÁCTICO SOBRE LA INDIFERENCIA ESPIRITUAL

1. El principio ignaciano de la indiferencia espiritual

En el *Principio y Fundamento* de sus *Ejercicios Espirituales*, San Ignacio establece el clásico principio de la Indiferencia Espiritual. Éste se ha considerado clásicamente el test que mide hasta dónde llega realmente el primado de la voluntad de Dios en la propia vida.

La Indiferencia Espiritual de la que habla San Ignacio supone que el deseo humano está centrado en la voluntad de Dios y se traduce en una experiencia de libertad interior, que no está a merced de los propios deseos. El texto dice así:

Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados. [EE 23].

La indiferencia espiritual implica el primado del “tanto en cuanto Dios lo quiera”. No se trata simplemente de elegir lo que es bueno, ni de hacer el bien, sino de hacerlo “tanto, cuanto y cómo Dios lo quiera”,

porque el Reino le pertenece a Él, no a mis razonamientos sobre la eficacia de lo bueno. Una vez que sé que eso es lo que Dios quiere, hay que intentar hacerlo lo mejor posible, pero porque Dios lo quiere.

Pero, en un contexto cultural antropocéntrico, como es el nuestro, donde Dios y el primado de su voluntad no es algo evidente, este tema necesita una matización muy importante: El principio ignaciano **se refiere a la indiferencia espiritual, no psicoafectiva**. En la oración del huerto de Getsemaní a Jesús no le daba igual, psicoafectivamente, vivir que morir (Él no deseaba morir); pero sí tenía indiferencia espiritual, porque lo único que deseaba a este nivel era cumplir la voluntad del Padre.

Volviendo al texto ignaciano, normalmente a nuestra psicología no le puede dar igual salud que enfermedad. Sería preocupante, pues rayaría en el sadomasoquismo. La indiferencia espiritual nace de la libertad. Se trata de una libertad interior que prefiere la voluntad de Dios a mis intereses, gustos o planes. Pero ese preferir no es psicológico sino espiritual.

En algunos casos, el Señor puede conceder, además, la indiferencia psicoafectiva, pero ésta no es necesaria, ni es lo habitual. Que a mí me guste más una cosa que otra, que no tenga ninguna gana de morirme o quedarme enferma, es normal. La clave está pues en la indiferencia espiritual, es decir, si estoy dispuesta a que la voluntad de Dios sea más importante que mis deseos, mis intereses, mis gratificaciones, mis proyectos, que determinadas personas... Y si, de hecho, es así.

En este tema es esencial distinguir el nivel psicológico y el espiritual y también tener muy claro su carácter procesual; que esto no es algo que se da de una vez por todas sino que necesita toda una transformación del corazón, que dura toda la vida.

Los grados de indiferencia espiritual pueden ser muy diversos, no es cuestión de “todo o nada”. Por eso, es muy sana la lucidez para ser consciente de que, aunque mi actitud fundamental sea de obediencia a la voluntad de Dios, hay cosas a las que me resisto y no puedo entregármelas a Su voluntad. Es muy sabio hacer oración con eso que noto que aún no puedo entregarle, expresándole a Él tanto mi deseo como mis resistencias y orando con ello.

2. Ejercicio de la balanza

Este sencillo ejercicio espiritual, que aprendí en unos Ejercicios Espirituales, puede resultarnos muy práctico para situarnos en verdad ante nosotras mismas y darnos luz para comprobar cómo andamos de indiferencia espiritual, es decir, para conocer verdaderamente cual es nuestra disponibilidad real a la voluntad de Dios.

Para ello me pongo en presencia de Dios y me coloco mentalmente como ante una balanza.

- En un platillo voy poniendo mis intereses vitales, es decir, aquello que amo y deseo y que pueden ser: personas, proyectos, metas espirituales, mi autorrealización, el trabajo, un destino, la salud, la vocación...Todo.
- Y en el otro platillo la voluntad de Dios.

Voy poniendo en el primer platillo, uno por uno, de menos a más, mis intereses vitales y comprobando hacia dónde se inclina la balanza. Qué pesa más realmente en mí, un determinado interés vital o la voluntad de Dios. Se supone que en determinadas cosas va a ser fácil:

- Que mañana haga buen o mal tiempo → Supongo que lo podré asumir con indiferencia espiritual.
- Que esta noche voy a dormir bien o mal → Hasta ahí puede ser que lo asuma con indiferencia espiritual con bastante facilidad.
- Sentir o no la presencia de Dios → Puede ser que me cueste un poco más pero que se lo entregue.

Pero vamos a seguir con otros intereses vitales:

- ¿Estoy dispuesta a subordinar mi sentimiento religioso a lo que Dios quiera?
- ¿Estoy dispuesta a un cambio que no me agrada, a un destino que no deseo, a asumir una responsabilidad que me cuesta y me da miedo?
- ¿Aceptaría perder una determinada relación afectiva?

- ¿Tengo indiferencia espiritual ante el hecho de que me cure o no de una enfermedad determinada?
- ¿Aceptaría no poder integrar un problema psicológico importante, que condiciona mi libertad?
- ¿Estoy dispuesta a fracasar en algo que me interesa vitalmente?

Si nos metemos en esta dinámica irán apareciendo otros intereses vitales, que comprometen mucho más, por ejemplo: si Dios me pidiese la muerte de una persona muy querida... o una enfermedad que comporta una gran dependencia... o la desaparición de nuestro Instituto... o... Cada una sabe dónde están sus intereses vitales, aquellos en los que ha puesto en juego su vida.

A medida que vaya poniendo en juego los intereses vitales que más me afectan, llegará un momento en que sentiré que aparecen resistencias que no puedo vencer. Es muy importante llegar a este punto porque nos sitúa en nuestra verdad: “esto no te lo puedo entregar”. Es importante reconocer humildemente que no llego más que hasta ahí, porque no se trata de ningún acto de heroísmo sino de situarme en mi verdad ante Dios.

2.1. Una observación muy importante:

Éste no es un ejercicio ascético (dar a Dios lo que más me cuesta) ni se pretende realizar ningún acto de heroísmo (ofrecerle aquello de lo que me siento incapaz, aquello a lo que mi ser se resiste y siente que no puede). Es más bien un ejercicio de realismo y verdad, para comprobar qué grado de libertad interior tenemos; en qué medida la voluntad de Dios es lo más importante en nuestras vidas.

2.2. Con este ejercicio se pretenden tres objetivos:

- 1º) Experimentar el realismo. Situar me en mi verdad ante Dios.

“Llego hasta aquí. Esto no te lo puedo entregar”. Se trata de la experiencia de tener claro que estamos llamadas a vivir el primado de la voluntad de Dios en nuestras vidas pero que mi liber-

tad real no llega más que hasta aquí y que éste interés vital no se lo puedo entregar a Dios, porque en realidad para mí es muy importante y no tengo libertad para entregárselo.

2º) Ahondar en mis motivaciones reales.

Llegados a ese punto en el que siento las resistencias que no puedo superar por ahora, es importante preguntarse cuál es la realidad y la motivación de mi actitud obediencial a Dios. Pueden darse estas situaciones:

- a) Percibo que mi opción fundamental está clara: la vida consiste en hacer tu voluntad, pero me coloco en mi verdad y siento que “esto no se lo puedo entregar aún”. Sé que la obediencia cristiana es un proceso que el Espíritu Santo tiene que hacer dentro de mí, y que estoy donde estoy y no llego a más. Sé que aún me falta mucho, pero estoy colocada en mi sitio: en mí está claro el primado de la voluntad de Dios en la vida, pero mi proceso personal aún llega sólo hasta aquí. Este es un punto central que da libertad, lucidez y humildad e invita a pedir al Señor que Él lo haga, aunque sea a pesar de mí.
- b) También puede suceder que la experiencia de estas resistencias me lleven a cuestionarme cuál es la verdadera motivación de mi obediencia a la voluntad de Dios y puedo encontrarme con que mi “obediencia a Dios” no nace de la libertad interior. Que lo que busco es seguridad o que tengo miedo a Dios y por eso no me atrevo a llevarle la contraria y el recurso a la voluntad de Dios es una forma de quedarme tranquila. Esto no es la obediencia cristiana sino su negación, ya que la obediencia a la voluntad de Dios tiene que ser un acto de libertad. Pero el ejercicio me habrá ayudado a poner de manifiesto mis verdaderas motivaciones y desde ahí se me ofrece la posibilidad de hacer un camino de liberación. Es muy claro que si el primado de la voluntad de Dios no nace del amor de pertenencia, esclavizará. No será liberador.

Por eso, la madurez de la obediencia cristiana depende de la experiencia vivida de relación con el Señor.

Dios quiere mi libertad y autonomía, pero, por esa experiencia del amor de pertenencia, el Espíritu Santo hace descubrir que la fuente de la mayor libertad no proviene de mi autonomía sino de la obediencia a la voluntad de Dios.

3º) Orar con las resistencias, ya que esto ayuda a hacer camino de liberación interior

Al llegar a ese punto, es muy importante orar con las resistencias: “Señor, esto no te lo puedo entregar”. “Tendrás que darme más amor y más libertad”. “O, si no, tendrás que quitármelo, porque yo libremente no te lo voy a entregar”. Es bueno dar nombre a estas resistencias, no justificarse, reconocer.

De hecho, normalmente, es verdad que el proceso de maduración en la obediencia cristiana se va haciendo de este modo ya que, hasta que Dios no nos quita lo que no podemos entregarle, no le damos el primado a la voluntad de Dios. Pero esto no hay que entenderlo en un sentido ascético asociando la voluntad de Dios con las renunciaciones. Se trata de un camino de libertad interior, porque es muy distinto consentir con libertar a que Dios nos quite algo, a partir de una experiencia de amor y de confianza, aunque sea en la oscuridad, o entenderlo como una renuncia por ascesis o sacrificio.

Lo que sucede con las renunciaciones que se hacen por sacrificio es que, al no nacer de libertad interior, casi siempre volvemos a retomar lo que parecía que le habíamos entregado y entonces necesitamos justificarlo y nos sitúan en una dinámica de mentira existencial. Es mucho más sana y espiritual la actitud de quien reconoce que no llega a más y se sitúa en su verdad, que la de quien se sitúa en una dinámica de perfeccionismo voluntarista que siempre termina “pasando factura”, porque no responde a la realidad de su libertad interior.

La oración con las resistencias y la postura de autenticidad, que nos sitúan en nuestra verdad, van haciendo en nosotras un camino de libertad interior que ahonda la actitud de obediencia a la voluntad de Dios.

CAPÍTULO

5

SALMO 40

4

SALMO 40: UNA REFERENCIA BÍBLICA DEL PROCESO ESPIRITUAL DE LA OBEDIENCIA CRISTIANA

*Yo esperaba con ansia al Señor:
Él se inclinó a mí y escuchó mi grito.
Me levantó de la fosa fatal, de la charca fangosa.
Afianzó mis pies sobre roca
y aseguró mis pasos.
Me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno de alabanza a nuestro Dios.
Muchos al verlo quedaron sobrecogidos
y confiaron en el Señor.*

*¡Dichoso el ser humano que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no acude a idolatrías
que extravían con engaños!
¡Cuántas maravillas has hecho Tú,
Señor Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro!
Eres incomparable.
Intento decirlas y contarlas,
pero superan toda descripción*

*Tú no quieres sacrificios y ofrendas,
y en cambio me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
Entonces yo digo: "Aquí estoy"
—como está escrito en mí libro—
"para hacer tu voluntad".
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en mis entrañas.
He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, Tú lo sabes.
No me he guardado en el pecho tu defensa,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea.*

*Tú, Señor, no me cierres tus entrañas,
que tu misericordia y tu lealtad
me guarden siempre
porque me cercan desgracias sin cuento,
se me echan encima mis culpas,
y no puedo huir;
son más que los pelos de la cabeza,
y me falta el valor.
Señor, dignate librarme,
Señor, date prisa, en socorrerme.
sufran una derrota ignominiosa
quienes me persiguen a muerte,
vuelvan la espalda afrentados
quienes traman mi daño;
queden mudos de vergüenza
quienes se ríen de mí..
Alégrense y gocen contigo,*

*todos los que te buscan;
digan siempre: ¡Grande es el Señor!
quienes desean tu salvación.
Yo soy pobre y desgraciada,
pero el Señor se cuida de mí;
Tú eres mi auxilio y mi salvador,
¡Dios mío, no tardes!*

Seguramente, para quienes leemos este texto, es un principio compartido que lo más importante en la vida es hacer la voluntad de Dios. Esto es algo que hemos internalizado y que lo tenemos claro a nivel consciente, pero no siempre se ha constituido en una experiencia de vida que nace de nuestra libertad. El salmo 40 nos narra la experiencia de alguien que ha madurado espiritualmente en esta actitud obediencial y su comunicación puede iluminarnos y ayudarnos en nuestro propio proceso.

El autor de este salmo nos enseña de dónde nace este centramiento de la vida en la voluntad de Dios. No nace de ningún principio y menos de un principio normativo. **Nace de la experiencia personal y concreta de salvación.** Y en esta experiencia de salvación es donde experimenta quién es el que le ha amado con amor incondicional. Es ahí donde se le da saber quién es el Señor, de quién puede fiarse. Porque sólo Aquel que me salva puede ser mi Señor. Veamos el relato de esa experiencia inicial:

*Yo esperaba con ansia al Señor:
Él se inclinó a mí y escuchó mi grito.
Me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa.
Afianzó mis pies sobre roca
y aseguró mis pasos.
Me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno de alabanza a nuestro Dios.
Muchos al verlo quedaron sobrecogidos
y confiaron en el Señor.*

De ahí brota en el salmista el *cántico nuevo*, la alegría: *Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno de alabanza a nuestro Dios.*

Muchos al verlo quedaron sobrecogidos y confiaron en el Señor. Sabemos de quién podemos fiarnos y cuando una sabe de quién puede fiarse, quién es el Señor, puede celebrar su señorío.

El hombre y la mujer de hoy tienen muy serias dificultades para aceptar esta idea del señorío de Dios. Nuestra cultura no favorece nada la integración positiva del principio de autoridad. Y quizás en nuestras vidas nos esté ocurriendo lo mismo. O, tal vez, la educación que recibimos nos enseñó a aceptar el principio de autoridad y ese principio de autoridad nos hizo sumisas y dependientes pero no nos enseñó a ser autónomas.

Hemos tenido que defendernos del principio de autoridad para tener conciencia de la propia libertad, lo cual es altamente positivo, pero no basta. Porque entregarse a la voluntad de Dios no supone entregarse a una autoridad que nos somete. Supone entregarse a una autoridad liberadora y salvadora. De esto habla el salmista: de la experiencia de una autoridad liberadora y salvadora.

No depender de nadie, no vivir sumisas... son hoy valores culturales indiscutibles, pero si nos quedamos en la pura autonomía humana, la libertad se cierra sobre sí misma.

Los hombres y mujeres de la Biblia son personas libres pero en obediencia a Dios. Y sobre todo es libre Jesús: libre ante cualquier autoridad externa; capaz de enfrentarse a los poderes de este mundo, religiosos o políticos; pero como un niño en manos de Dios. No tuvo proyecto propio. Su único proyecto fue hacer la voluntad del Padre.

Preguntémonos si hemos conquistado libertad o todavía tenemos miedo a ser libres. Y preguntémonos también si es que hemos conquistado la libertad pero aún no hemos descubierto que la forma suprema de libertad es la obediencia a la voluntad de Dios.

¿De dónde nace esta experiencia? El salmista lo dice claramente: del amor de pertenencia. La única forma de integrar positivamente la obediencia es la experiencia de la alianza, la relación de amor interpersonal

con el Señor. Toda la Biblia está atravesada por esta experiencia de la alianza. El Dios que salva es el Dios digno de confianza. El Dios que me ha salvado se ha constituido en mi Señor. Desde Él aprendemos a ser libres y por eso sabemos también a quién pertenecemos. Es su amor el que nos vincula a Él.

*¡Cuántas maravillas has hecho Tú,
Señor Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro!
Eres incomparable.
Intento decirlas y contarlas,
pero superan toda descripción*

Todo el tema del primado de la voluntad de Dios en nuestras vidas depende de la experiencia de la gracia salvadora. Sólo quien ha experimentado que ha sido amado así, hasta el extremo, sólo quien tiene experiencia personal de que Dios le ha salvado sabe a quién pertenece y por eso no quiere la vida para sí sino para Él que le ha amado hasta la locura.

Por eso el salmista exclama: *¡Cuántas maravillas has hecho Tú, Señor Dios mío, cuántos planes en favor nuestro! Eres incomparable. Intento decirlas y contarlas, pero superan toda descripción.* Tu amor me vincula, tu amor me ocupa, tu amor es lo mejor que me ha tocado. *Señor, Dios mío. Tú eres **mi Señor**.*

De aquí nace la obediencia; de este amor de pertenencia. ¿Para qué quiero yo mi vida, si he descubierto tu amor y eso es lo mejor de mi vida? **Señor, ¿qué quieres de mí?**

*Tú no quieres sacrificios y ofrendas,
y en cambio me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
Entonces yo digo: “Aquí estoy”
—como está escrito en mi libro—
“para hacer tu voluntad”.
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en mis entrañas.*

Aquí estoy para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero. Fijémonos, esta es la decisión fundamental, la que nace a la vez del amor y del deseo: *Lo quiero.* Aquí se unifican la voluntad de Dios y el deseo personal más profundo: *Lo quiero y llevo tu ley en mis entrañas.* No tengo nada más importante que hacer en la vida más que hacer tu voluntad. He perdido demasiado tiempo con mis propios proyectos. He vivido tanto de deseos... y ¿qué he conseguido con ello? Nada.

En la primera carta de San Juan se dice que el que hace la voluntad de Dios *permanece*. Es la única consistencia en la vida. Planes, proyectos... van y vienen. Lo único que nos da consistencia es centrarla en la voluntad de Dios. Y se supone, que cuando una persona va madurando con los años, eso es lo más evidente, porque si de algo tenemos experiencia es de la inconsistencia de los proyectos humanos.

Cuando una se ha centrado en la voluntad de Dios, ha adquirido consistencia y ¡qué fuente de libertad es ésta! Porque si mi consistencia está en mis proyectos, dependo de que éstos se realicen. Si me centro en la voluntad de Dios no dependo de que se realicen mis proyectos, porque Dios siempre lleva a cabo su voluntad salvadora: cuando se realizan mis proyectos y cuando fracasan mis proyectos. Porque Él lleva a cabo su voluntad salvadora a través de mi obediencia.

¡Qué misterio es esta obediencia! Cuando se unifica la propia vida en esta obediencia, Dios nos transforma. Cuando tenemos éxito y cuando tenemos fracaso. Da lo mismo, porque Él saca bien del mal. Ya no se trata de acertar sino de hacer Su voluntad para que Él pueda hacer lo que quiera. Lo único que importa es nuestra obediencia.

El salmo termina con una experiencia de misión. Al salmista la obediencia se le ha hecho misión. ¡Qué importante es esto en el proceso de maduración del sentido de misión!

*He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, Tú lo sabes.
No me he guardado en el pecho tu defensa,*

*he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea.*

Esta es la unidad profunda del corazón creyente y de su proyecto de vida: plantar la vida en la voluntad de Dios. Esta obediencia es amor de pertenencia y es también misión: *No me he guardado en el pecho tu defensa, he contado tu fidelidad y tu salvación ante la gran asamblea...*

Por lo tanto ¿Qué tenemos que hacer? ¿Cuál es nuestra misión, antes cuando teníamos muchas fuerzas y ahora que parece que podemos poco? Simplemente hacer la voluntad de Dios. Ya que, en su sentido más hondo, en eso consiste la misión: en dar paso a Dios, que Él pueda hacer a través de nuestra colaboración y de nuestro libre consentimiento, lo que quiera, porque misión significa envío y, por tanto, obediencia.

Pero el salmo no termina aquí, la vida sigue y esta actitud obedien- cial no es algo que se consigue de repente o algo que ya está consolida- do de una vez para siempre, sino que siempre está amenazada. Exige una conversión continua del corazón, una vigilancia permanente y un sí sos- tenido a lo largo de la vida, como María al pie de la cruz, como Jesús en Getsemaní. El sí de hoy. La obediencia hoy, de cada día:

*Tú, Señor, no me cierres tus entrañas,
que tu misericordia y tu lealtad
me guarden siempre
porque me cercan desgracias sin cuento,
se me echan encima mis culpas,
y no puedo huir;
son más que los pelos de la cabeza,
y me falta el valor.
Señor, dignate librarme,
Señor, date prisa, en socorrerme.
sufran una derrota ignominiosa
quienes me persiguen a muerte,
vuelvan la espalda afrentados
quienes traman mi daño;*

*queden mudos de vergüenza
quienes se ríen de mí.
Alégrense y gocen contigo,
todos los que te buscan;
digan siempre: ¡Grande es el Señor!
los que desean tu salvación.
Yo soy pobre y desgraciado,
pero el Señor se cuida de mí;
Tú eres mi auxilio y mi salvador,
¡Dios mío, no tardes!*

A lo largo de todo el salmo hemos podido percibir la honda experiencia espiritual y la unificación interior en la voluntad de Dios que vive el salmista, en contraste con nuestras resistencias, pero, a pesar de ello, es alguien que no pierde nunca su lucidez. Sabe que la fuente de la vida no está en la meta lograda o en la perfección adquirida, sino que la sabiduría consiste en vivir permanentemente pendiente de Dios: *Yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí; Tú eres mi auxilio y mi salvador, ¡Dios mío, no tardes!*

CAPÍTULO

6

**OBEDIENCIA
CRISTIANA
Y COMUNIDAD**

6

OBEDIENCIA CRISTIANA Y COMUNIDAD

Para terminar esta aportación, quiero volver al documento capitular que ha motivado nuestro trabajo. Recordamos la invitación del Capítulo XXV a ahondar en el sentido de los votos durante este sexenio y espero que la reflexión anterior nos haya aportado algo en esa línea, respecto al voto de obediencia.

En cuanto al número 20,1 de MP, inspirador concreto de nuestra reflexión, voy a recordar los dos elementos que recoge y que señalábamos en la introducción:

- 1) *Circularidad en torno a Jesús: ... una comunidad de creyentes, discípulas y seguidoras de Jesús...* con una referencia clara al texto evangélico de Marcos 3, 31-35:

Y mirando a los que estaban sentados en círculo alrededor de Él, dice:

– Mirad, mi madre y mis hermanos. Pues el que cumpla la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano y hermana y madre.

- 2) Y la **circularidad** como una **expresión simbólica** que hace referencia a la corresponsabilidad comunitaria y que se traduce en una serie de deseos e ideales evangélicos:

Deseamos una comunidad que se caracterice por el servicio mutuo, la participación responsable de todas y una animación comunitaria en corresponsabilidad. Quisiéramos poder trabajar

juntas y unánimes para construir la comunidad y llevar a cabo la misión y una vida comunitaria en igualdad y libertad, con relaciones armónicas, solidarias y fraternas.

El común denominador que unifica en su conjunto estos deseos es, a mi modo de ver, su orientación comunitaria. El texto de *Mística y Profecía* subraya aquí la implicación y la vivencia comunitaria de la obediencia como constructora de fraternidad (servicio mutuo, participación responsable, corresponsabilidad, juntas...).

Hasta ahora nuestra reflexión se ha centrado en la primera parte de MP 20,1: La circularidad en torno a Jesús, entendida como la actitud existencial de obediencia a la voluntad de Dios, a la que hemos denominado, obediencia cristiana. A continuación nos vamos a detener en los deseos expresados en la segunda parte y que se refieren a la vivencia comunitaria de la obediencia. Subrayaré dos aspectos.

1 Dimensión comunitaria de la obediencia cristiana

Puede parecer, a primera vista, que la reflexión que hemos hecho sobre la obediencia cristiana se centraba claramente en lo personal y que olvidaba el aspecto comunitario. Pero no es así. Yo creo que lo personal no se opone a lo comunitario sino que constituye su auténtico fundamento y, por ello, su condición de posibilidad. Lo que se opone a lo comunitario es el individualismo y lo personal cristiano jamás desemboca en el individualismo sino que nos posibilita y abre a la fraternidad.

La personalización de la actitud obediencial de Jesús por cada uno de sus discípulos y discípulas, es la que constituye el círculo de los que están sentados/as en torno a Jesús, es decir, la verdadera comunidad cristiana y, en este caso, la comunidad religiosa. La circularidad en torno a Jesús, realizada por aquellos/as que *escuchan la palabra de Dios y la cumplen*, es decir, los que viven la obediencia cristiana, nos constituye en *comunidad de creyentes, discípulas y seguidoras de Jesús*, como señala MP 20,1.

Por ello, creo yo que la auténtica renovación y vida nueva de nuestras comunidades sólo puede provenir de una radicalización personal (radicalización en el sentido de ir a la raíz) de la experiencia del seguimiento de Jesús. Y esta radicalización tiene que ver con la maduración de la actitud obediencial, con el ahondamiento del primado de la voluntad de Dios en nuestras vidas, como hemos ido viendo.

Porque, al fin y al cabo, tanto el servicio de la autoridad que se pide a algunas hermanas, como la obediencia que asume con fe esta mediación, como la corresponsabilidad de todas en la construcción de la comunidad y en la realización conjunta de la misión no son más que formas diferentes y concreciones que actualizan la primacía de la voluntad de Dios en nuestras vidas. Un modo diferente, según la voluntad de Dios para cada una, en cada circunstancia, pero la misma obediencia.

Es verdad que en muchos casos nuestras dificultades para la obediencia provienen de la inmadurez de los presupuestos: actitudes de dependencia y sumisión que derivan de la necesidad de aprobación de quienes consideramos personas significativas para nosotras; dificultad de tomar la propia vida en las manos y asumir el riesgo de la libertad por miedo a equivocarnos; reacciones adolescentes de autoafirmación que denotan la no integración del principio de autoridad en nuestras vidas... Cada una tendrá que ver dónde están sus lagunas, sus asignaturas pendientes, a este nivel de los presupuestos de madurez psicológica y existencial; será necesario darles nombre y trabajarlos en la medida de lo posible y si no podemos cambiar, reconocerlo y aceptarlo. Pero no olvidemos que la madurez de la obediencia cristiana no acaba aquí.

Estos aspectos de madurez humana son importantes pero tengamos claro que son sólo presupuestos. La obediencia cristiana es un don del Espíritu Santo y obra suya en nosotras y a la vez fruto de un proceso espiritual cuyo elemento clave es la historia de relación interpersonal con el Señor y el amor de pertenencia. Sólo este amor es capaz de producir la transformación interna que evangelice nuestros deseos y nuestra libertad configurándonos con la obediencia filial de Jesús. Esta experiencia de “pertenecer” al Señor y la obediencia que brota de ella es la que hace que

nuestro árbol sea bueno y que, en consecuencia, dé frutos buenos que se percibirán en la vida fraterna y corresponsable de nuestras comunidades.

2 Integración y purificación de deseos e ideales

Creo también que, a raíz de los deseos que se señalan en el texto capitular y que acabamos de comentar, procede hacer una pequeña reflexión sobre la integración y purificación de los deseos e ideales en el proceso de maduración humana y espiritual.

Como ya he señalado antes, deseamos que nuestras comunidades se caractericen por el servicio mutuo, con la participación responsable de todas y una animación comunitaria en corresponsabilidad. Nos gustaría trabajar juntas y unánimes en construir la vida comunitaria y llevar a cabo la misión; deseamos una comunidad en igualdad y libertad, con relaciones armónicas, solidarias y fraternas...

Realmente, no podemos negar que si hacia algo apunta el Evangelio es hacia la utopía. No es imaginable un seguimiento de Jesús del que se eliminen los ideales evangélicos. Aunque sabemos que estos ideales exceden con mucho nuestras posibilidades desde nosotras mismas, no podemos renunciar a ellos, porque la invitación al discípulo y la medida de la obra del Espíritu Santo en él o ella es la *anchura, altura, largura y profundidad del misterio revelado en Cristo Jesús, Señor nuestro* (cf. Ef 3,18).

El texto de *Mística y Profecía* recoge nuestros ideales, unos deseos legítimos y evangélicamente justificados, pero que no son ni más ni menos que eso: deseos, cuya realización no está en nuestras manos. Y no se trata de ninguna visión pesimista sobre la condición humana sino de puro realismo. Si vivimos a la altura de nuestros años, a medida que éstos pasan nos vamos haciendo cada vez más conscientes de nuestra impotencia y pecado –no hago el bien que quiero y hago el mal que no quiero (cf. Rm 7,19)– y que el voluntarismo y la renovación de los buenos deseos no es suficiente. Sabemos que sólo el Espíritu Santo puede transformarnos por dentro, de forma que nuestro árbol sea bueno y por ello

pueda dar frutos buenos, es decir, convertir en realidad todos esos buenos deseos que recoge el texto capitular en este número.

Ahora bien, ¿cómo hacer que esos valores e ideales evangélicos se hagan carne de nuestra carne?

Desde nuestra infancia, la educación clásica que recibimos nos ofreció una ideología cristiana, una manera de ver la realidad, una forma de entender la vida... A partir de ella aprendimos valores, creencias, y normas de conducta, inspirados en el Evangelio. Pero, para que la ideología motive la vida es necesario que los valores se conviertan en deseos. Y así nacen los ideales, que son la suma de un valor más un deseo. Es decir, unos valores deseados se convierten en ideales de vida: Yo quiero ser eso. Y a partir de ahí, cada cual trata de hacer sus proyectos de vida o trata de vivir comportamientos consecuentes con esos ideales.

En una etapa de la vida esto es sumamente importante pues esta identificación con el ideal hace que se despliegue la vida con un sentido de incondicionalidad. Este proceso es necesario y muy valioso durante la infancia, la adolescencia y la primera juventud, pero llega un momento en que las identificaciones con el ideal han de ser puestas en crisis, pues en realidad no expresan la realidad de lo que se es, sino lo que se quiere ser. Y confundir los deseos con la realidad es un signo evidente de inmadurez.

En la formación espiritual cristiana clásica, el deseo religioso ha ocupado un papel muy importante y esto ha hecho que, de hecho, se cultivara mucho la identificación con los ideales, sin tener en cuenta que la transformación real de la persona nace de la confrontación con la realidad y la integración de la misma. La psicología más elemental nos enseña que llegar a ser persona adulta supone integrar la realidad, ya que ésta no se somete a nuestros deseos. Pero hay muchas personas que no elaboran bien el contraste entre la realidad y sus ideales y lo resuelven o bien renunciando a los ideales o bien confundiendo los deseos y la buena voluntad con la realidad. La sabiduría de la maduración humana y espiritual está en asumir la realidad sin renunciar a los ideales, pero sin confundir el deseo ideal con la realidad.

Pero la integración entre los ideales y la realidad no se hace por la identificación del deseo sino que ha de pasar necesariamente por la crisis del ideal y la crisis de realismo, cuya elaboración ha de formar parte de todo proceso de maduración humana y espiritual. En el caso de los ideales evangélicos, la crisis de realismo pone de manifiesto mi pecado personal y colectivo y la evidencia de que los ideales evangélicos no están al alcance de nuestros deseos. Esta crisis se expresa en las palabras de Pablo en la carta a los Romanos: No hago el bien que quiero y hago el mal que no quiero. ¿Quién me librará de esta experiencia de muerte? Cristo Jesús, Señor nuestro y le doy gracias. (cf. Rm 7, 15-25)

Sólo el reconocimiento de la propia realidad e impotencia y de nuestro pecado, en el abandono de la experiencia personal del amor de Dios, permite abrirnos a la gracia y a la acción de Espíritu Santo que nos va transformando por dentro, haciendo de nosotras criaturas nuevas, el árbol bueno que da frutos buenos. Por eso, la conversión, las actitudes evangélicas, nunca pueden ser fruto del voluntarismo ni de la identificación del deseo con esos ideales. Por mucho que lo deseemos y renovemos nuestros propósitos, si no se produce esa transformación personal, que es obra del Espíritu y supone un nuevo nacimiento, siempre estaremos en las mismas.

Es verdad que este nuevo nacimiento es obra del Espíritu, pero eso no implica una actitud meramente pasiva por nuestra parte, es algo que podemos pedir y propiciar y para ello es necesario cambiar de estrategia y potenciar aquello que favorece la conversión personal.

Esta transformación tiene una importante dimensión pasiva, que se traduce en pedir insistentemente, pero también es necesario disponernos a ella, cultivando la receptividad, el amor de pertenencia, que es capaz de transformar nuestros deseos y que, como decíamos, sólo es posible a partir de una historia personal de relación con el Señor y de identificación de amor con Jesús.

Tengo la impresión de que a veces, en nuestros documentos y propuestas congregacionales, con la mejor de las intenciones, al pretender hacer vida los valores evangélicos tratamos de potenciar mecanismos de

identificación con los ideales que deseamos alcanzar. Pero resulta que la realidad se impone y se encarga de romper nuestras ilusiones ideales y entonces corremos el peligro de desinflarnos y de perder la esperanza, al constatar que, por mucho que tratemos de identificarnos con los ideales propuestos y los deseemos, éstos no se realizan, ni en nosotras ni en la realidad comunitaria. Palpamos la distancia entre las propuestas y deseos y la realidad personal y comunitaria. Necesitamos la sabiduría que nace de la elaboración positiva de la crisis de realismo: *es imposible para los hombres pero no para Dios* (Mc 10,27). Pero Él lo hace a su modo y a su ritmo, no según nuestras expectativas... Y para poder recibir el don es necesario aprender la obediencia, como Jesús, y dejar que Dios sea Dios en nuestras vidas.

Con frecuencia nuestros deseos ideales se disparan y sólo nos permiten percibir la distancia entre lo que quisiéramos que fuera la comunidad y lo que vemos en ella, concluyendo que no tenemos remedio y nada merece la pena y conduciéndonos a la decepción y a la desesperanza.

Necesitamos ojos para percibir la obra del Espíritu Santo, no tanto en lo prodigioso y extraordinario sino en aquello que damos por supuesto y normal y que por ello se nos pasa desapercibido. El milagro está ahí, en lo ordinario, pero para percibirlo tenemos que renunciar a nuestras expectativas perfeccionistas. Lo milagroso no es lo que falta para ser las comunidades ideales que responderían a nuestros deseos, sino lo que cada día hace posible que sigamos juntas y que la comunidad esté viva y que en ella se dé el milagro de la entrega, la relación fraterna, la ayuda mutua, el perdón, la fe común que nos une a pesar de nuestras peculiaridades y diferencias... Todo ello, aunque nos parezca un grano de mostaza, es un milagro y un don del Espíritu, que espera nuestra colaboración.

Creo que lo expresa muy bien un texto de Javier Garrido², con el que quiero terminar:

² Frontera-Hegian 43 (Gasteiz-Vitoria, 2003) 56-57.

Me atrevo a decir que, en la mayoría de los casos, donde el religioso experimenta especialmente la novedad escatológica de su vocación, es en la vida comunitaria. ¿A quién se le ocurre reunir a personas de origen tan diverso, cada una con su historia y temperamento, sin lazos afectivos propios, para que sean signo, cabalmente, de la humanidad soñada por Dios para los tiempos mesiánicos? No es extraño que necesitemos hablar maravillas de la comunidad religiosa y, a continuación, experimentar la cruda realidad de nuestras limitaciones en la relación interpersonal.

El amor al prójimo es el test de la mística cristiana y de cualquier heroísmo ético. ¿Por qué será, que con frecuencia ponemos por referencia la misión y no nuestra vida comunitaria? Cuando Juan centra el amor cristiano en la reciprocidad (“amaos los unos a los otros”) no está cayendo en un espíritu de secta, o en una reducción de la dimensión universal de dicho amor. Está formulando sabiamente lo que los religiosos experimentamos cada día: el amor que viene de Dios se realiza en las relaciones interpersonales concretas. Es así como se constituye en signo (“en esto conocerán que sois mis discípulos”).

Paradoja de la vida religiosa: donde más claramente experimentamos la cruz de nuestra vocación, más hondamente se nos da percibir el milagro de Dios en nuestras vidas.

Es verdad que nos cuesta abrirnos y darnos a conocer y comunicarnos a niveles que no sean meramente informativos o de ideas; pero ¡qué poco sabe de nuestros lazos afectivos el que sólo nos ve desde la expresividad primaria del cariño, del abrazo, buscando en nosotros no sé qué modelo de hogar!

Nosotros mismos nos debatimos entre distintos modelos de comunidad: nido caliente, ámbito de autorrealización, equipo de trabajo, madurez de relaciones interpersonales... No somos una comunidad de ángeles. En ella proyectamos deseos y necesidades y conflictos no resueltos y la lucha soterrada por el poder y el prestigio, y en ella también hacemos el aprendizaje de la corresponsabilidad, la tolerancia y la solidaridad. Pero, cada mañana, al celebrar la liturgia, nos sorprendemos, agradeci-

dos, de estar juntos y de creer en el mismo Señor que nos reúne y de acogernos como don del Señor y de amarnos en una comunión que nos fundamenta más allá de nosotros mismos, en el amor de Dios.

Durante un tiempo nos empeñamos apasionadamente en alcanzar el ideal de comunidad que Jesús nos propuso. Con los años, el realismo de nuestras limitaciones se nos impone. Nos sentimos culpables y nos preguntamos mil veces, como cualquier familia, en qué hemos fallado. La tentación del desencanto nos acecha. Si el Señor nos guarda el corazón, aprendemos sabiduría más alta: que somos signos del Reino exactamente así, en ese contraste entre el deseo y la limitación, en la medida en que somos capaces de amar. No se nos pide perfección sino fidelidad humilde al don de ser hermanos cada día.